

SARAH M. EDEN



*El encanto de
Artemisa*

Libros de
seda

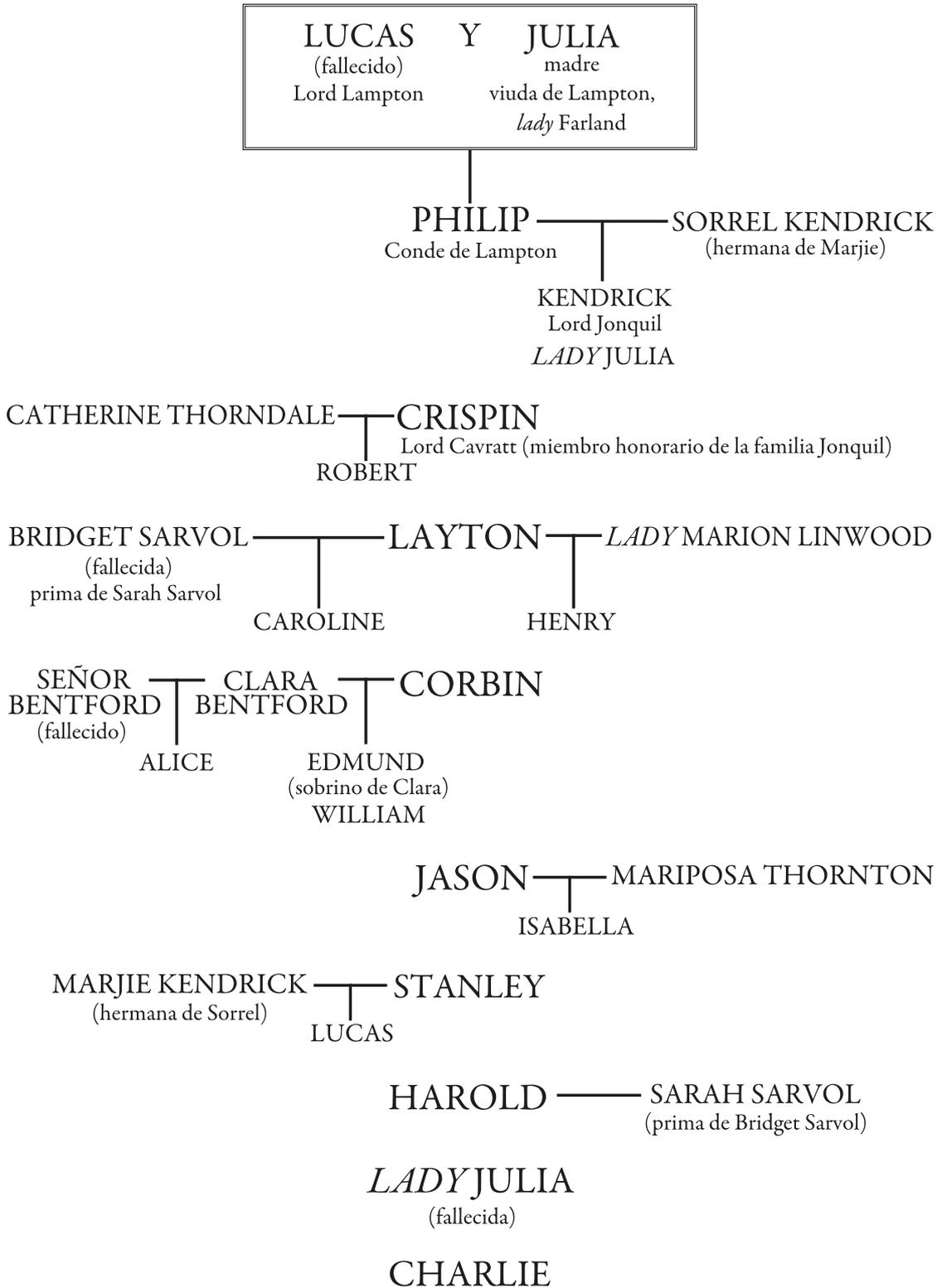
A Katherine, mi Artemisa

*Espero que nunca olvides lo fuerte que eres
y te ames con todo tu corazón.
Y que nunca dejes de luchar por lo que más
quieres en la vida.*

PRINCIPIOS DE 1818

ÁRBOL GENEALÓGICO

Jonquil



Lancaster

RICHARD Y IRIS
(fallecidos)

PERSEPHONE — ADAM
duque de Kielder

OLIVER
lord Falstone
*LADY*HESTIA

HARRY WINDOVER — ATHENA

IRIS
RICHARD
HARRIET
EIRENE

EVANDER
(fallecido)

LINUS — ARABELLA HAMPTON
(miembro honorario
de la familia Jonquil)

JAMES — DAFNE
lord Techney

*LADY*CASSANDRA
OGDEN

ARTEMISA



Capítulo 1



Shropshire, 1803

Artemisa Lancaster no solía ir al pueblo con sus hermanas mayores. La familia se dedicaba a hacer la colada de otras más pudientes a cambio de algunas monedas, y para ello tenían que acudir a la plaza del mercado dos veces a la semana, una para recoger las cestas y otra para devolverlas con la ropa limpia. Pero ese día, por fin habían permitido que las acompañara.

Su padre también iba. Y nunca hablaba con ella. Artemisa sabía que ella no le gustaba, pero quería agradarle como fuera. Él no paraba de repetirle a Perséfone, la hermana mayor, lo agradecido que le estaba por su duro trabajo y por su gran ayuda. Perséfone ya tenía dieciocho años. Era bastante mayor. Artemisa tenía seis y, aunque parecía demasiado pequeña para ayudar, aquella era su oportunidad de demostrarle a su padre que era buena y útil. Por lo menos pensaba intentarlo. Siempre lo intentaba.

Llevó una de las cestas de la colada hasta Heathbrook, a pesar de que era demasiado grande. No dejaba de mirar a su padre, con la esperanza de que él se diera cuenta de que estaba trabajando sin quejarse.

Pero él no la miró. Ni una sola vez. Nunca lo hacía.

Cuando llegaron a la plaza del mercado, le dio la cesta a Perséfone para que la colocase encima del muro, donde se suponía que debían esperar a las personas que acudirían a recoger la colada que las hermanas habían hecho a principios de semana.

—Voy a la librería —dijo su padre.

Perséfone asintió. No parecía sorprendida. ¿Su padre solía ir a la librería mientras sus hermanas esperaban a que vinieran a buscar la ropa limpia?

De pronto se acercó una mujer muy seria.

Perséfone examinó las cestas.

—Es esa.

Señaló la que estaba junto a Atenea, unos años menor que ella.

Las tres se pusieron a hablar sobre algo de la colada. Artemisa no tenía nada que hacer. Quizá su padre pudiera asignarle alguna tarea. Seguro que se mostraba agradecido si ella se ofrecía a trabajar.

Se fue por donde lo había visto marchar, apretando el paso para alcanzarlo. La plaza del mercado estaba a reborar. Había más gente de la que había imaginado, pero no pensaba acobardarse. Avanzó sorteando a la gente, aunque tropezó varias veces, se cayó al suelo y terminó con heridas en las rodillas.

Se había desgarrado el dobladillo del vestido. A su padre no le iba a gustar nada. La ropa era muy importante, y su familia no tenía mucho dinero. Lo sabía con toda seguridad, se hablaba de ello a menudo en su casa.

Artemisa se acercó al escaparate de una tienda para alejarse del gentío. Notaba el latido del corazón en las palmas de manos, arañadas y enrojecidas por las caídas. Le sangraba una rodilla.

¿Debía seguir buscando a su padre? Quizá le horrorizase verla en ese estado y quisiera que se marchara. Aunque no se lo diría. Él nunca le decía nada.

Dejó caer los hombros en un gesto de abatimiento. Tal vez lo mejor era que regresara con Perséfone y Atenea. Aunque ellas no necesitaban su ayuda. Y quizá su padre sí. Hasta puede que se alegrara mucho de tenerla a su lado. Por una vez.

Lo iba a intentar. Sería valiente y lo intentaría.

Siguió caminando por la calle, intentando olvidar el dolor en las manos y las rodillas, decidida a demostrarle a su padre que era una buena hija. Pero no encontró ninguna librería. Dobló por una calle distinta. Y allí tampoco encontró ninguna.

Pasado un buen rato, todas las calles le parecían iguales.

No sabía dónde estaba ni cómo volver con sus hermanas. Ni con su padre. O cómo volver a su casa.

Se había perdido.

Se le hizo un nudo en la garganta y se le entrecortó la respiración. Con los ojos inundados de lágrimas, no pudo contener los sollozos. ¿Qué pasaría si nadie la encontraba? ¿Y si nadie se daba cuenta de que se había perdido? Quizá su familia regresara a casa y todos olvidaran que tenían una hermana pequeña.

Artemisa se dejó caer al suelo, se hizo un ovillo y lloró y lloró. Estaba perdida y sola.

—¿Qué ha pasado? —Oyó la voz de un hombre, que preguntaba con delicadeza y amabilidad—. ¿Por qué lloras?

Ella levantó un poco la cabeza. Un caballero que no conocía se había arrodillado en el suelo delante de ella. Estaba tan cerca que lo oyó pese a haber susurrado, pero lo bastante alejado como para que se sintiera tranquila a pesar de no conocerlo.

Él sonrió un poco. Tenía un rostro agradable.

—¿Te has hecho daño?

Ella asintió y alzó las palmas arañadas.

—Me he caído.

—Lamento oírlo. —Se sentó en el suelo. Ella jamás había conocido a ningún adulto que se sentara en el suelo sin importarle la suciedad. Siempre les preocupaba demasiado mancharse la ropa o llenarse de barro—. ¿Te has lastimado algo más que las manos?

Ella se limpió la nariz con el reverso de la mano.

—Las rodillas. Y me he roto el vestido.

El hombre se sacó del bolsillo un pañuelo de tela suave, con diminutas flores bordadas en una esquina, y se lo dio.

—Eres demasiado pequeña para estar aquí sola. —Le hablaba con una expresión y un tono de voz que revelaba preocupación—. ¿Tus familiares andan por aquí?

—Los he perdido —admitió, sorbiendo por la nariz—. Hay demasiada gente y me he caído... y después ya no sabía dónde estaba.

—Límpiate la nariz y los ojos —le dijo—. Te ayudaré a encontrar a tu familia.

—¿Sí?

Él le sonrió con ternura.

—No me separaré de ti hasta que los hayamos encontrado.

Era un ofrecimiento muy amable, pero ella se echó a llorar, no supo por qué.

El hombre no la había regañado ni se había marchado disgustado.

—Llora todo lo que quieras. Aguantarse las lágrimas solo provoca más llanto.

¡Aquel hombre la entendía! Cuánto había necesitado que alguien le prestara atención y comprendiera la tristeza que sentía siempre en el corazón.

Artemisa se acercó a él y le apoyó la cabeza en el pecho. Él la rodeó con el brazo. La delicadeza con la que la estrechó y la ternura que intuyó en sus ojos le recordaban a Perséfone, que siempre sabía cómo tranquilizarla. Y, sin embargo, él era más bien de la edad de su padre. Su padre, que jamás la atendía como lo hacían sus hermanas. La pequeña cerró los ojos y lloró con más fuerza. Se llevó el pañuelo prestado a la cara, demasiado desconsolada como para enjugarse las lágrimas.

—Siento mucho que hayas tenido un día difícil, princesa —le dijo en voz baja.

—Todos... los días... son difíciles —confesó ella de forma entrecortada por el llanto—. Tenemos que hacer la colada para otras personas. Y yo... he traído la cesta, pero mi padre no se ha dado cuenta. Nunca se fija.

—¿No se fija en las cestas?

—No se fija en mí.

La voz de aquel hombre resultó incluso más amable.

—Lo siento.

La pequeña respiró hondo, algo temblorosa. Notó el corazón acelerado y la cabeza le daba vueltas, pero se sentía segura y protegida, algo excepcional para ella.

—Si tú quieres, princesa —añadió él—, podemos dar un paseo por el pueblo y buscar a tu familia. O también podemos quedarnos aquí sentados y esperar a ver si pasan buscándote.

—¿Crees que me estarán buscando? —preguntó ella esperanzada.

—No cabe ninguna duda.

Aquello la reconfortó mucho más de lo que habría imaginado.

—¿Crees que debemos ir a buscarlos o que es mejor quedarse aquí?

Él le tomó el brazo con delicadeza.

—Dejaré que tomes tú solita esa decisión.

Artemisa daba vueltas al pañuelo de aquel hombre mientras reflexionaba. Recorrer las calles de Heathbrook sería cansado. Pero si se quedaban allí sentados esperando a su familia y no aparecía nadie, se le rompería el corazón.

—Creo que deberíamos ir a buscarlos —repuso.

—Pues eso haremos.

El hombre se incorporó y la ayudó a levantarse.

La pequeña le tendió la mano y él la estrechó con suavidad. Dejó que fuera la niña quien decidiera por dónde empezar a buscar; solo la detuvo en una ocasión, cuando ella sugirió que se internaran por un callejón estrecho y oscuro.

—Siempre es mejor quedarse en la luz, princesa.

Recorrieron las calles del pueblo, mientras él se paraba de vez en cuando al cruzarse con alguien. Ella observaba a todo el mundo, pero no encontraba a nadie de su familia. Entretanto, él trataba de distraerla con preguntas como cuál era su color favorito, si tenía alguna canción preferida, qué comería si pudiera elegir lo que quisiera, qué juego le gustaba más. Poco a poco fueron secándose las lágrimas. También desapareció su

permanente sensación de soledad. Se reía cuando él le hacía alguna broma y le estrechaba la mano con fuerza.

—Ahí está la tienda de caramelos —dijo la niña señalando el edificio—. Mis hermanos siempre se quedan mirando el escaparate y se imaginan que tienen un montón de caramelos.

—¿Crees que tus hermanos podrían estar dentro? —preguntó su caballero de reluciente armadura.

—Ahora no están —repuso la pequeña—. Ya no volverán a casa.

—¿Te gustaría entrar y elegir un caramelo, princesa?

La pequeña alzó la vista y miró a los ojos al amable desconocido.

—¿Puedo?

—Claro que sí.

Nunca había estado en una tienda de caramelos. No tenía ni idea de qué elegir. Tras repasar los diferentes sabores, el hombre le sugirió que probara uno de menta. Se lo compró y se despidieron del tendero.

Artemisa lamía su preciada chuchería mientras retomaban el paseo por Heathbrook.

—¿Tienes una casa para vivir? —preguntó la niña.

—Claro. He vivido allí casi toda mi vida.

—Yo he vivido en la mía toda la vida —repuso ella.

Él sonrió.

—Somos como gemelos.

—¿Tienes caballo?

Asintió.

—Tengo varios. Me gustan mucho los caballos.

—Nosotros no tenemos —lamentó la pequeña—. Pero he visto algunos. Son muy grandes.

—Sí que lo son, princesa.

A Artemisa le gustaba que la llamara así. Su padre nunca la llamaba por su nombre.

—¿Tienes hijos?

—Pues sí. Pero hoy no están aquí conmigo.

—¿Los echas de menos?

—Siempre los extraño cuando no están.

¿Su padre la extrañaría? Probablemente no.

—Yo podría ser tu pequeña mientras estés aquí —le dijo—. Así no te sentirías solo.

—Me encantaría.

—¿Puedo...? —Artemisa guardó silencio antes de acabar la pregunta. Él podría decir que no y su corazón se rompería para siempre.

Él dejó de caminar y se puso en cuclillas delante de ella.

—Por favor, no tengas miedo de preguntarme nada.

La pequeña le apoyó la cabeza en el hombro; por algún motivo se sentía más valiente si no lo miraba a los ojos.

—¿Puedo llamarte papá?

—Claro que sí.

Y entonces se echó a llorar de nuevo. Le rodeó el cuello con los brazos. Siempre tenía las emociones a flor de piel. Él la hacía sentir protegida y eso, por motivos que su corazón de seis años no podía comprender, le provocó el llanto.

El hombre la consoló con un abrazo.

—Llora todo lo que quieras. Seguiremos buscando cuando estés preparada.

Un papá que la abrazaba y le hablaba con amabilidad. Un papá que la quería. Era lo único a lo que aspiraba.

—Normalmente soy una niña feliz —se disculpó—. No lloro todos los días.

—No tiene nada de malo llorar cuando uno lo necesita. O reírse cuando uno tiene el corazón contento. O guardar silencio cuando uno tiene la cabeza ocupada pensando en cosas.

La pequeña volvió a apoyar la cabeza sobre él.

—A mí me gusta saltar cuando me apetece hacer un poco el tonto.

—¿Quieres que te cuente un secreto, princesa?

—Sí, por favor —susurró entusiasmada.

—A mí me encanta hacer el tonto.

Ella se retiró un poco y lo miró.

—Pero tú no eres un niño pequeño.

—A los adultos también les puede apetecer hacer el tonto.

A Artemisa le gustó oír eso. Le gustó mucho.

—Creo que a mí me gustará hacer el tonto toda la vida. Incluso cuando sea adulta.

—Eso me haría muy feliz, princesa.

—¿Estarás orgulloso de mí, papá?

Su padre le decía a Perséfone, a veces, que estaba orgulloso de ella.

—Muy orgulloso —repuso él—. ¿Y si yo hago el tonto toda la vida...?

—Yo estaré muy orgullosa de ti —afirmó la pequeña con tono muy solemne.

A él el brillaron los ojos y esbozó una gran sonrisa.

—Será un honor saber que estás orgullosa de mí.

Le encantaba hablar con aquel desconocido.

—Podemos seguir buscando.

Retomaron la búsqueda. Ella lo llamaba papá y él la llamaba princesa. Por primera vez en su vida, se sentía querida e importante de verdad.

Él estaba orgulloso de ella. Y los dos iban a hacer el tonto juntos. Y él la adoraría y le enseñaría todo lo que necesitaba saber sobre tiendas de caramelos... y no se enfadaría si lloraba. Tal vez incluso saltase con ella.

Papá y su princesa. Jamás volvería a sentirse sola.

—Oh, ahí está la plaza del mercado —dijo.

—Así es. —La miró—. ¿Crees que tu familia puede estar por aquí?

La niña asintió. Observó la multitud, mucho menos numerosa que antes.

—Dime si los ves.

Al poco, ella exclamó:

—¡Allí! —Señaló a Perséfone, que caminaba por entre los puestos del mercado—. ¡Allí. Allí!

Él la ayudó a abrirse paso entre la gente.

—Corre antes de que la pierdas de vista.

Artemisa corrió hacia su hermana. Le iba a encantar conocer a papá. Seguro que también sería amable con ella; sabía que lo sería.

—Artemisa... —Perséfone susurró su nombre cuando la vio y le dio un abrazo—. ¿Dónde te habías metido? No te encontrábamos.

—Me he caído, me he hecho daño en las manos y las rodillas, y después me he perdido.

—¡Cielos!

Perséfone la miró de arriba abajo.

—Pero un hombre me ha ayudado a volver. Y me ha dado un caramelo de menta. Tiene una casa y caballos y niños... y no se ha enfadado cuando he llorado... y me ha dicho que hacer el tonto es bueno.

Perséfone miró a su alrededor.

—¿Qué hombre, Artemisa?

La pequeña se volvió y señaló con el pañuelo hacia donde estaba, hacia donde había estado. Pero papá ya no estaba allí.

Miró a su alrededor, desesperada. Se había marchado. Él la había abrazado y había sido cariñoso con ella. Y después se había marchado.

Perséfone la tomó de la mano y se la llevó de la plaza del mercado.

Artemisa estrechó el pañuelo de papá contra su corazón sin dejar de mirar para atrás con la esperanza de verlo. Pero no lo vio.

Se le encogió el corazón, pero pronto dejó de sentirse preocupada. Papá no se había comportado como alguien que no quisiera volver a verla. La buscaría; lo sabía. Y ella lo buscaría a él.

La había encontrado una vez. Podía volver a hacerlo. Allí, en Heathbrook. Volvería a verlo. Seguro. Y mientras supiera que él estaba allí, en algún sitio, buscándola, se sentiría querida.

Capítulo 2



Londres, primavera de 1818, quince años después

Charlie Jonquil odiaba Londres. Por desgracia, uno de sus amigos íntimos, Newton Hughes, se quería casar allí, y él era demasiado buen tipo como para decepcionar a su amigo o a su futura esposa. Por eso se encontraba en el corazón de la vibrante metrópolis, deseando poder estar en cualquier otro sitio.

—Por el aspecto que tienes cualquiera diría que te estoy obligando a asistir a tu propio ahorcamiento —protestó Newton, mirándolo desde el asiento de enfrente, en el carruaje en el que viajaban junto a su amigo Thomas Comstock, al que todos llamaban Toss, de camino al baile de compromiso.

—Para el caso es como si lo fuera —replicó Charlie—. Ya sabes que no me gustan las fiestas.

—Y tú sabes que sé que eso no es del todo cierto.

—Bueno, pues entonces es Londres lo que no me gusta.

—Una conclusión decididamente rara para una persona tan lógica como tú —terció Toss.

—No podría ser más lógica —repuso Jonquil—. Reúne a todas las familias e individuos del reino con tiempo libre y podridos de dinero. Súmale una ciudad repleta de oportunidades para presumir de ambas cosas. Multiplícalo por...



—Dios, ahora se pone matemático —murmuró Toss.

—Tú lo has provocado —repuso Newton.

Charlie no se inmutó.

—Multiplícalo por la insana obsesión social por la apariencia y la frivolidad... No se puede llegar a ningún resultado que no hable de...

—Falsedad y superficialidad —entonaron sus amigos al unísono y al mismo tiempo que él.

Se rieron los tres. El exagerado desprecio de Charlie por Londres siempre era objeto de broma para los tres amigos.

—Espero que encuentres la forma de mostrarte mínimamente encantador —comentó Toss—. Tienes que estar a la altura del nombre que te puso tu sobrina.

Ya hacía mucho tiempo que su sobrina, cuando trataba de pronunciar correctamente los nombres de toda la familia, lo había bautizado como «tío Chorlito».

—Supongo que puedo intentarlo —convino con fingido desagrado.

—Eso espero —repuso Newton—. Los anfitriones del baile de compromiso son el duque y la duquesa de Kielder, un honor que solo han concedido a dos damas más, y eran las hermanas de la duquesa. No podría negarle a mi querida Ellie una entrada tan impresionante en la sociedad londinense.

Charlie entendía perfectamente el motivo por el que estaban allí y lo inútil que era esperar que su amigo Newton tratara siquiera de cambiar de lugar de celebración los eventos previos a la boda o de la ceremonia en sí. Pero tenía otras objeciones.

—¿No había forma de no invitar a Artemisa?

Artemisa Lancaster era lo más parecido a un enemigo que había tenido en la vida. Habían conseguido establecer una especie de alto al fuego durante el cortejo de Newton y Ellie, pero tendrían que retomar sus disputas una vez que sus amigos estuvieran casados.

—Dado que la duquesa es hermana de Artemisa, que mi Ellie es amiga suya y Falstone House es su casa en Londres..., no.

Charlie suspiró con dramatismo.

—Espero que el hecho de que no haya decidido ya tirarme del carruaje dé buena muestra de lo mucho que valoro nuestra amistad.

—Me ocuparé personalmente de que alguien escriba unos versos al respecto —bromeó Toss.

—Que sea en verso pentámetro, por favor. No hay nada más impresionante que el verso pentámetro.

Toss lo miró fingiendo confusión.

—Para ser una persona decidida a impartir sesudas conferencias sobre matemáticas, tienes opiniones muy formadas sobre poesía.

—El verso pentámetro es matemática pura —replicó Charlie—. Por eso me gusta tanto.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que vas a ser un catedrático insoportable —le advirtió Newton—. Los estudiantes asistirán a regañadientes a tus clases y saldrán corriendo cuando terminen, encantados de recuperar la libertad.

Charlie se rio.

—Pues yo disfruto mucho de las conferencias sobre matemáticas a las que asisto. Y no soy el único.

—Tú y tus compañeros sois unos tipos extravagantes —afirmó Toss, negando con la cabeza.

Es posible que fuera raro, pero Jonquil no se avergonzaba de su pasión por los números. Le reconfortaba saber que algo se le daba tan bien. Después de dar muchos tumbos había descubierto, por fin, qué quería hacer con su vida; había hallado un propósito.

Nadie se hacía rico ejerciendo como catedrático en Cambridge, pero tendría una ocupación y un sueldo. Ese pequeño ingreso unido a la modesta suma que recibía de la propiedad de su difunto padre, bastaría para vivir holgadamente. Buscaría algún alojamiento humilde cerca de la universidad, contrataría un ama de llaves y viviría una existencia tranquila y gratificante compartiendo su amor por las matemáticas con otros extravagantes como él.

Tendría que quedarse soltero toda la vida, pero ese era el precio que uno debía pagar cuando decidía hacer carrera como catedrático.

No solo por no disponer del dinero suficiente para mantener a una esposa o una familia con holgura. Según las normas de la universidad, un catedrático no podía casarse. Al principio no le gustó esa condición y descartó el objetivo. Pero ninguna otra carrera le atraía tanto. Había dedicado casi dos años a ese empeño, y cada vez estaba más cerca de conseguirlo.

—Mi padre está encantado de saber que esta noche tu hermano mayor y tu cuñada asistirán al evento —comentó Newton—. Siempre le ha parecido que tienes una familia admirable.

—¿Y tú no le has corregido para que cambie de opinión? —Toss hizo chasquear la lengua—. Viviendo siempre en la mentira... Qué decepción.

—¿Y quién soy yo para difamar el buen nombre de los Jonquil? Eso lo dejo en las capaces manos de Charlie.

Newton era un gran amigo. Una pena que ya hubiera terminado de formarse en Cambridge. Ellos tres, junto al cuarto y al quinto miembro de la pandilla, Duke y Fennel, habían compartido grandes juergas durante su etapa universitaria.

—Supongo que mis cuñadas tendrán que salvar el nombre de la familia —repuso Charlie—. Seguro que lo consiguen.

—Tus hermanos han elegido bien —admitió Newton.

Jonquil le dedicó una sonrisa.

—Igual que tú.

—¿Crees que alguna vez conocerás una mujer que te vuelva tan loco que llegues a considerar abandonar tu carrera como catedrático? —preguntó Toss—. Me cuesta imaginar que una chica pueda provocarte tanto interés como las matemáticas.

—No descarto la posibilidad —admitió—, pero tendría que estar completa e irreversiblemente enamorado, y ella no solo tendría que sentirse exactamente igual, además debería estar dispuesta a vivir en la pobreza. Y como lo más probable es que esa combinación perfecta no exista, estoy perfectamente conforme con la vida que pueda llevar como académico soltero.

—¿Pero qué pasaría si te acabas enamorando perdidamente? —insistió Toss.

—Que te escribiría una carta usando versos pentámetros en la que te comunicaría mi cambio de planes.

—¿Yo también recibiría una? —quiso saber Newton.

—Claro.

Toss miró al amigo prometido con divertida camaradería.

—Comprobaré el correo cada día aguantando la respiración.

—Te vas a asfixiar, amigo —repuso Newton con su habitual ironía.

El carruaje se detuvo delante de la casa del duque de Kielder. Todavía no había mucha gente. Como Newton era el novio, se suponía que debía llegar un poco antes del comienzo del baile. Charlie había tenido que elegir entre pasar la tarde con sus amigos o con su hermano, y eligió a los primeros. No tenía ningún problema con los demás Jonquil, pero con sus amigos nunca se sentía prescindible.

El mayordomo los recibió y los acompañó hasta el lugar exacto, fuera del salón de baile, donde la familia residente y Newton deberían recibir a los invitados cuando el baile diera comienzo. Los tres se sentaron en las sillas dispuestas en el largo pasillo, pues sabían que tendrían que esperar hasta que los anfitriones y la novia terminaran de prepararse para la velada.

—¿Se espera que asistan tus futuros suegros? —preguntó Charlie, cuando los sirvientes se marcharon a terminar los preparativos.

Newton asintió.

—Pero han tenido que prometer que se comportarían. El duque los ha aterrorizado tanto que ni si quiera Ellie está ya preocupada de que puedan armar algún lío.

—¿Y ese miedo bastará para evitar que te causen problemas durante el resto de tu vida? —Charlie estaba preocupado. También consideraba a Ellie una buena amiga y no quería que nadie pudiera hacerla infeliz—. Seréis familia para siempre.

—¿De verdad piensas que Artemisa no arrasaría con medio reino para vengar a Ellie si su familia le provocara la más mínima infelicidad? ¿O que yo no haría lo mismo?

Aunque Charlie no tuviera buena sintonía con Artemisa, ni ella con él, debía que admitir que ella siempre era fiel a su grupo de amistades y que jamás dudaría en acudir en su defensa. Y el hecho de que uno de sus amigos estuviera a punto de casarse con una de las amigas de ella significaba que ya no podría evitarla por completo durante el resto de su vida. Pero suponía que podría soportarla de vez en cuando por Newton. Y por Ellie.

—Te envidio un poco —admitió Jonquil—. Te vas a casa con tu pareja ideal.

—Un destino que os deseo también a ambos —repuso Newton—. Alguna dama se cruzará en vuestro camino y os robará el corazón. Y yo asistiré a vuestros bailes de compromiso y os fastidiaré tanto como vosotros me estáis fastidiando a mí.

—¿Que te estamos fastidiando dices? —se burló Toss—. Querrás decir que somos terriblemente carismáticos.

—No, no, no. —Newton negó con la cabeza—. Ese no es tu papel.

—¿Y cuál es? —preguntó Toss.

Charlie puso cara de duda.

—¿Molesto?

—Espero que seas el próximo en casarte —replicó Toss—. Así serás problema de tu mujer.

—Es una lástima para las damas de Londres que sea tan improbable que yo pueda convertirme en el problema matrimonial de alguna de ellas.

Quería creer que existía alguna posibilidad, pero no era precisamente una persona con suerte. Normalmente el destino se reía de él.

El sonido de dos voces muy conocidas los puso en pie. Ellie y Artemisa aparecieron en el pasillo cogidas del brazo y se dirigieron hacia ellos con cara de felicidad.

La novia se soltó de su amiga y corrió hacia Newton. Enseguida se abrazaron con ternura.

—Charles. —Artemisa lo saludó con la misma frialdad de siempre.

—Artie —respondió él.

A ella no le gustaba el mote que le había puesto la última vez que habían estado juntos, por eso precisamente lo utilizaba. Igual que ella sabía que a él no le gustaba que lo llamaran Charles, pero se dirigía así a él la mayoría de veces.

Le lanzó una mirada sutilmente crítica.

—Esperaba que te vistieras con un poco más de esmero que habitualmente, considerando que esta es una ocasión especial.

—Y yo esperaba que tú abandonaras tus aires de fingida superioridad, considerando que esta es una ocasión especial.

—Pero, señor Jonquil, supongo que ya sabrá que no es en absoluto fingida... —replicó con tono dramático.

En ciertas ocasiones, Charlie había intuido una Artemisa muy distinta bajo la máscara. No le gustaban muchas cosas de ella, pero esa permanente teatralidad era lo peor. No había nada que despreciara más que la hipocresía. No era mala persona, incluso había disfrutado de su compañía en pequeñas dosis, pero era incapaz de pasar por alto sus frivolidades.

—La señorita Ellie debe de estar encantada de que hayas abandonado tu campaña de conquistas para preocuparte por su felicidad —contraatacó él.

—Y tus insípidos colegas deben de sentirse muy decepcionados de saber que has abandonado los aburridos pasillos académicos para celebrar la felicidad de Newton.

No pretendía ser un cumplido, pero utilizó un tono exageradamente dulce para que la crítica pareciera más ofensiva que hiriente.

Charlie le tendió la mano.

—¿Firmamos una tregua por esta noche, señorita Lancaster?

—Por el bien de nuestros amigos —admitió ella. Aceptó la mano y la estrechó con firmeza—. Evitarte será mi mayor objetivo durante toda la velada.

—Yo también me lo he propuesto.

Tras el acuerdo, se separaron. Artemisa permaneció en el vestíbulo esperando la llegada del resto de invitados y Charlie entró en

el cuarto de aseo, que de momento estaba vacío, para disfrutar de unos instantes de silencio.

Iba a ser una noche muy larga.



Artemisa buscaba en todos los eventos a los que había asistido, incluso ya antes de ser presentada en sociedad, a alguien a quien ni siquiera sabía describir. Aunque solo se había cruzado con él en cinco ocasiones en Heathbrook, «papá», como seguía llamándolo, seguía estando muy presente para ella. Recordaba la amabilidad de su tono de voz, la forma en que la había abrazado como si fuera un valioso tesoro, el sobrenombre de princesa que le había puesto... Pero había otras cosas que se habían vuelto confusas o que directamente había olvidado. Recordaba la suavidad de la tela del abrigo y la corbata, pero no detalles como si iba vestido a la última moda o lucía un estilo más anticuado. Su forma de hablar era muy similar a la de su padre, con corrección y claridad, pero no podía recordar el sonido de su voz. Sabía que tendría más o menos la edad de su padre. A veces imaginaba que era moreno, como Perséfone. Otras veces estaba convencida de que era rubio, como ella.

En realidad, Artemisa había descubierto que los recuerdos que conservaba de él adoptaban las características de personas que conocía y compartían cualidades con aquel hombre. Si conocía a alguien que hablaba con delicadeza, era considerado o se mostraba particularmente amable con los niños, su apariencia empezaba a confundirse con la de «papá». Ya no podía distinguir entre los recuerdos reales y los que eran producto de su imaginación.

Lo único de lo que estaba segura era que él la había amado. La había amado. Y lo sabía porque él se lo había dicho. Había pronunciado las palabras que su verdadero padre jamás le había dicho. Las cinco veces que lo había visto habían sido encuentros idílicos, esperanzadores. Cinco días que le habían cambiado la vida. Cinco momentos en los que una niña pequeña que se sentía sola y triste supo, sin ninguna duda, que era amada.

Siempre la había reconocido y le preguntaba cosas sobre las que habían hablado en sus encuentros anteriores. Ella lo había buscado cada semana durante dos años hasta que la vida la había alejado de Shropshire, cuando se fue a vivir con Perséfone y Adam.

Y después lo buscó durante toda la temporada, siempre que volvía de visita a la casa en la que había vivido de niña, en todas las fiestas, en todas las posadas de carretera. Cuando lo conoció, él ya era un hombre adulto y tenía hijos. Lo imaginaba con la edad que hubiera tenido su padre de seguir con vida. Observaba con atención los rostros, desesperada por ver un destello de familiaridad, esa voz que susurraba «princesa». Jamás lo reconocería —los recuerdos de una niña tan pequeña eran demasiado difusos y fragmentarios—; pero estaba convencida de que, si lo volvía a ver, él la recordaría. Confiaba en ello.

Los invitados iban llegando uno tras otro al baile de compromiso, saludaban, felicitaban a la pareja y entraban en el salón. Ninguno habló de Heathbrook o de una pequeña princesa solitaria rubia y de ojos verdes.

Conocía a muchos de los invitados: admiradores pasajeros de otras temporadas, caballeros que la veían como un medio para hacer fortuna, parásitos que abrigaban la esperanza de poder aprovecharse de su posición social, chismosas mezquinas que se mostraban muy amables con ella pero después la criticaban por la espalda. Cada temporada atraía a un montón de personas, pero nunca encontraba a la única que quería ver.

Casi media hora después de la llegada de los primeros invitados, hicieron acto de presencia lord y *lady* Lampton. Eran el hermano y la cuñada de Charlie, aunque Artemisa no se lo tenía en cuenta.

—¿Crees que el conde ha venido a buscar al merluzo de su hermano para volver a llevarlo con su niñera? —le preguntó a Ellie en voz baja.

—Déjalo ya —susurró su amiga entre risas—. Charlie es una persona maravillosa e inteligente, a pesar de lo que tú puedas pensar.

Artemisa encogió un hombro y adoptó una expresión de inocente confusión.

—Si es tan inteligente, ¿cómo es que no le resulto simpática?

Newton tuvo que esforzarse para reprimir una sonrisa. Artemisa apreciaba al prometido de Ellis. Era un caballero muy bondadoso.

—No tema, señor Hughes —le dijo—. No le revelaré al señor Jonquil que comparte usted mi opinión sobre su falta de sesera.

Newton negó con la cabeza sin poder reprimir una leve sonrisa.

—Probablemente Charlie sea la persona más inteligente que he conocido en mi vida.

—Pues lo disimula muy bien —repuso ella con gesto de fingida sorpresa.

—No es la primera vez que lo dices —comentó Ellis.

—Porque es así. —Se volvió hacia el hermano y la cuñada de Charlie, que acababan de llegar al principio de la cola—. Bienvenidos, lord Lampton, *lady* Lampton.

El conde era, sin lugar a dudas, la persona más extravagante que conocía Artemisa. En una época en la que los caballeros no solían desmarcarse de los tonos negros, grises y azules oscuros, él vestía chalecos de colores llamativos y modernísimas levitas. Siempre llevaba los nudos más intrincados imaginables en el pañuelo. En lo que parecía casi una gesta de proporciones milagrosas, se las arreglaba para proyectar una imagen atrevida e insólita sin dejar de ser muy elegante. La señorita Lancaster se sorprendía observándolo con atención siempre que lo veía, deseosa de conocer su secreto. La moda, tanto en general como en casos particulares, era algo que le resultaba fascinante.

La condesa también captaba mucha atención allá donde fuera, pero por motivos diferentes. Era una dama sorprendentemente hermosa que demostraba ser muy inteligente. También le costaba mucho andar. En su primera visita a Londres tras la boda con el conde, había tenido que esforzarse mucho, pero parecía que estaba mejorando. Cuando había asistido a una fiesta en la casa de campo de los Lampton, a Artemisa le había impresionado la forma de

moverse de *lady* Lampton. Pero algo había cambiado de forma drástica en los dieciocho meses que habían pasado desde entonces. A la condesa le costaba permanecer de pie. Su marido la sostenía mientras trataba de ocultar el esfuerzo que le suponía.

—No me perdería las fiestas de su señoría por nada del mundo —respondió lord Lampton—. Estas veladas siempre prometen ser animadas y divertidas. Espero que el duque sea tan amable de compartir con nosotros los últimos chismes.

La condesa miró de reojo a su marido.

—Vas a conseguir que te decapiten, Philip.

—No va desencaminada —terció Artemisa—. Adam no es particularmente conocido por su sentido del humor, en especial cuando se siente obligado a relacionarse en sociedad.

—Tonterías. Le resulto muy simpático —afirmó lord Lampton—. Ya me aseguraré yo de que me cuente rumores jugosos.

—Tendré que pedirle a Charlie que me acompañe a casa, ¿verdad? —repuso *lady* Lampton, con un suspiro y en un tono entre bromas y veras.

—Espero que no —replicó Artemisa—. No creo que merezca usted esa tortura.

Sus rifirrafes con Charlie eran bien conocidos por ambas familias. Todos asumían a regañadientes las rencillas entre sus hermanos pequeños.

—Hablando de torturas... —*Lady* Lampton inclinó la cabeza hacia el conde—. No me cabe duda de que su señoría apreciará que ofrezcamos los debidos saludos sin demora.

Lord Lampton bajó la voz y le susurró a su esposa:

—No me cabe duda de que tus piernas también lo apreciarán.

Ella asintió con sutileza. Felicitaron a Ellis y Newton y siguieron adelante, además de saludar a la hermana y el cuñado de Artemisa.

La pequeña de los Lancaster tenía en gran estima a lord y *lady* Lampton. La condesa viuda de Lampton también era encantadora. En realidad no había ni un solo miembro de la familia de Charlie Jonquil de cuya compañía no disfrutara.



A excepción de Charlie.

Y por lo que había oído, ella era la única persona del mundo entero que él no soportaba. Artemisa hubiera preferido que no le importase, pero no era así. Más que molestarle, le dolía. Y le dolía porque ese sentimiento de rechazo le recordaba otro desgraciadamente familiar. Había pasado demasiados años de su vida buscando entre la multitud al único hombre anónimo y sin rostro que la había amado, sin poder dejar de pensar en el otro hombre de su vida que debería haberla amado y no lo había hecho. Ella era su hija, y no había significado nada para él. Cuando el peso de todo aquello amenazaba con hundirla en la oscuridad de la desesperación, las palabras de su querido «papá» regresaban a ella a través de los años: «Siempre es mejor quedarse en la luz, princesa».

La luz. La necesitaba, se aferraba a ella. Había alguien en ese mundo que la quería y eso la ayudaba a mantener la oscuridad a raya. Pensaba esforzarse todo lo que pudiera para mantener a Charlie Jonquil al margen de su vida y trataría de encontrar su refugio, su esperanza, a «papá».